

en que el buen castellano fue numen tutelar. Temo que estas respuestas mías aparezcan un tanto presumidas y respingadas; pero aseguro a ustedes que ello es cuestión de superficie y de la necesidad de acomodar el buen humor de la defensa con el del ataque.

Todas sus apuntes me interesaron, unas por su *do-naire*, otras por su contenido; pero todas me hicieron ver que el arte es fácil y la crítica es difícil. Leyéndolas volé muchas veces a Ginebra y entreví la escena regocijada, los dos maestros graciosamente repantigados al borde de mi libro, echando el anzuelo antigramatical para lograr buena pesca. Yo deploro que ella no les haya resultado tan suculenta como pudieran acaso creerla; *mais ce n'est pas ma faute*.

De ustedes admirador y amigo respondón,

EDUARDO GUZMÁN ESPONDA

DISCURSO

que el Sr. Dr. Dn. José Joaquín Casas, Ministro de Colombia en España, pronunció en la sesión que la Unión Ibero-Americana de Madrid consagró a don José Celestino Mutis en el segundo centenario de su nacimiento.

Señoras y señores:

Sin la iniciativa colombiana, que me cupo la honra de comunicar a algunas Academias y otros ilustres Institutos científicos españoles, así como al Ayuntamiento de la ciudad de Cádiz, y que de todos ha recibido tan fervoroso acogimiento, ellos la hubieran tomado con el solícito empeño que cumplía a su saber y patriotismo, para rendir homenaje a don José Celestino Mutis en el bicentenario de su nacimiento.

A pesar de la premura del tiempo, esos Institutos, beneméritos todos y de muy extendida fama, algunos

de ellos por obra de secular historia, la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, que para recíproca ayuda y común provecho acaba de acordar la fundación de una correspondiente suya en Bogotá: la Unión Iberoamericana, la Academia de Farmacia, la Directiva de los Museos y Jardines, la Sociedad de Historia Natural, el Centro de Relaciones Culturales Hispanoamericanas, la Universidad y el Ateneo de Madrid, y junto con ellos preclaros escritores y distinguidos órganos de la prensa, han entrado, como quien dice, en ebullición y correspondido al llamamiento de Colombia con una presteza más que amistosa. con una cordialidad efusiva, con una abundancia erudita, abundancia de la mente y del corazón, que conmovidos testificamos los colombianos, y que obliga una vez más y para siempre nuestro reconocimiento.

La delegación conferida por aquellos centros a un joven y distinguido profesor de la Universidad para que los represente en las solemnidades bogotanas; dos preciosos documentos en pergamino, con la declaración del homenaje a Mutis, y una de ellas a su inmortal discípulo colombiano Caldas, y avalorados ambos por ilustres firmas; varias monografías científicas escritas para el caso; libros, folletos, colecciones de fotografías ilustrativas de la vida y obras del gran botánico; fervorosas adhesiones de la prensa, y, por fin, conferencias y juntas públicas como la que ahora presenciamos, forman, preparado en pocos días para esta conmemoración de familia hispanoamericana, un aporte cuyo mejor elogio se hace diciendo que es digno de la proverbial munificencia española.

Han coincidido, pues, las iniciativas de españoles y colombianos, mejor dicho, de los españoles de la Península y de esos otros españoles andinos, de quienes yo me enorgullezco en ser uno y a quienes con más sentimiento que habilidad interpreto ahora; y al propio tiempo que en Madrid y en Cádiz, en Bogotá, la de Quesada

y Bolívar, y otras ciudades de Colombia, y señaladamente en nuestra calentana y no olvidadiza villa de Mariquita, a orillas del Magdalena, se engalana la figura del modesto sacerdote naturalista español con banderas entrelazadas y con flores nuevas para la ciencia, de las que él halló y clasificó: diríase una generosa competencia entre hermanos para honrar a porfía la memoria del sabio gaditano neogranadino, proclamado inmortal por Linneo, llamado por Humboldt «ilustre patriarca de la Botánica», y en quien el mundo reconoce y admira a uno de los más altos representativos de esta inmensa nacionalidad hispánica cuyos linderos no son otros que los que, salvando los océanos y soleada en todos los climas, trazan con fanales de ciencia y heroísmo la más gloriosa de las humanas geografías: la Geografía de Don Quijote.

Pero esta competencia, al fin, como entre buenos hermanos, se expresa toda en recíprocas felicitaciones y agradecimientos. Vosotros, españoles de acá, guardáis la cuna de Mutis: nosotros, españoles de allá, veneramos su tumba. Nosotros debemos deciros: Gracias, porque formasteis ese sabio, lo proveísteis magníficamente y nos lo enviasteis: y nos responderéis vosotros: Gracias, porque supisteis admirarlo y aprovecharos de él, y, reconociendo vuestra deuda, habéis sabido luego, a fuer de nación culta, conservar su herencia y glorificar su nombre.

Tales son nuestros sentimientos; y si para expresarlos esta vez Colombia se hubiere anticipado en algo, hallaréis muy natural que así lo haya hecho. El nombre de Mutis está indisolublemente ligado con el de mi Patria, que por el autor de la *Flora Neogranatensis* entró a figurar con honor en los fastos de la ciencia, y se halla ligado también, para la inmortalidad, con el de aquel melancólico y sublime joven colombiano, precoz adivino de la ciencia y una de las más luminosas cumbres de nuestra historia patria, Francisco José de

Caldas; de tal manera que allá, en boca de nuestro pueblo medianamente letrado, andan juntos, con el calificativo antonomástico de «sabios», esos dos nombres: el del maestro y el del discípulo, bien como en las ideales esferas de la poesía viven unidos los de Telémaco y Mentor, de Eneas y Acates, de Virgilio y Dante.

El sabio Mutis brilla como eslabón de gloria entre dos mundos, y su figura de «sacerdote de Dios y de la Naturaleza», como lo llamó Caldas, es perfecto símbolo de la doble obra espiritual en que consiste la grandeza de España, porque hace de ella la mayor difusora de la civilización, la civilizadora incomparable.

¡Qué grato es, en un día como éste y ante una figura como esa, recapacitar bien y repetir que los de allá y los de acá, así los del Ebro y el Moncayo como los del Magdalena y el Tolima, somos hermanos en España!

Viénense ahora a mi memoria, y me parece que lleguen como de perlas, ciertas palabras escritas por nuestro gran filólogo bogotano don Rufino José Cuervo con ocasión de propugnar él la unidad del idioma castellano en Hispanoamérica: «Mejor que dentro de ficticios linderos se agrupan las inteligencias en torno de nombres como los de Cervantes, de Shakespeare y de Goethe... Unos y otros (españoles y americanos) son pueblos hermanos, trabajadores de consuno en la obra de mejorarse impuesta por el Señor a la familia humana. En el templo de la gloria se ven hoy resplandecer los nombres de Ricaurte, Bolívar, Sucre, San Martín e Hidalgo, apareados con los de Guzmán, Padilla, Palafox y Castaños, y todos proclaman al mundo que en su raza son ingénitos la sed de libertad y el esfuerzo para conquistarla».

Señores, si no son palabras de fraternidad, mal expresivas de este afecto de familia que desde mi primera niñez siento arraigado en lo más hondo del alma, ¿qué podré yo deciros que vosotros no sepáis muy bien

de la persona y las obras de nuestro sabio naturalista? Apenas una brevísima noticia, tal vez interesante para vosotros, al fin como de cosa propia, de aquella tierra ultramarina cuyos entrañables tesoros él descubrió y reveló al mundo, y que después de recibir agradecida el testamento de su ciencia recogió piadosa el último aliento de su vida.

Una sola recomendación tendrá lo que os diga: la de la sinceridad con que pienso, siento y hablo, como me lo enseñaron mis padres, fieles nietos de buenísimos españoles.

El día inolvidable en que vi surgir a lo lejos de la línea azul de la costa las torres de la ebúrnea Cádiz, fue una de mis primeras emociones asociar a esa ilustre ciudad milenaria con aquella mi amada capital andina, Bogotá, como si las dos, dentro de mi corazón, estuviesen dándose la mano; y al tocar la sagrada tierra española, sagrada por todo género de consagraciones, y para mí, además, por ser la tierra de mis abuelos, después de bendecir a Dios como ellos lo hacían, fue mi primera diligencia buscar el nombre y los vestigios de Mutis, hasta que, recorrida la calle que le está dedicada junto al antiguo Colegio de San Fernando, donde cursó estudios, hallé su retrato en la casa de la Academia gaditana; y puesto ante él saludé con reverencia al sagacísimo explorador de nuestra naturaleza, al quinólogo eminente, al descubridor del *té de Bogotá* y tantos otros útiles vegetales; al ensayador del *guaco* antiofidico, al clasificador de la *espeletia* paramuna (el resinoso *frailejón*) de nuestras candeladas de Nochebuena; al fundador de nuestro Observatorio Astronómico; al iniciador, en pos de los Hermanos de San Juan de Dios, de los estudios de Medicina entre nosotros; al maestro de matemáticos y artistas; al educador de toda una generación de próceres.... *pulcherrima proles*.

Es copia este retrato del pintado en Santa Fe de Bogotá hacia las postrimerías del siglo XVIII o comien-

zos del XIX por uno de los dibujantes de la famosa Expedición Botánica, y representa al sabio con su habitual expresión meditabunda, llevando en la mano derecha la lente escrutadora y en la otra una flor selvática, hermana de la pasionaria, nuestra granadilla, la que describió el Virgilio americano,

«... la fresca parcha,
Que en enramadas de verdor lozano
Cuelga de sus sarmientos trepadores
Nectáreos globos y franjadas flores».

Es razón que ante la posteridad aparezca Mutis con ese trofeo suyo, entre muchos otros del campo de la ciencia, del cual escribió Caldas, en el *Semanario de la Nueva Granada*, con el generoso entusiasmo que solía: «El descubrimiento de las *passifloras arbóreas*, uno de los más bellos del célebre Mutis y el que le asegura los elogios de los botánicos, debe llamar la atención de los naturalistas. En un género en que todas las especies son volubles, género tan numeroso, tan extendido como la *passiflora*, ver aparecer dos individuos con todo el hábito y todos los caracteres de un árbol es un ejemplo bien raro; ejemplo luminoso y que arruina las ideas de aquellos botánicos que han dividido las plantas en *árboles* y *yerbas*, fundando estas divisiones en el hábito y no en los caracteres tomados de la fructificación. Mutis ha constituido dos especies nuevas: a la una llama *passiflora arborea* y a la otra *passiflora arborescente*».

¿Queréis, señores, trasladaros conmigo por unos instantes a las opulentas selvas que las producen? Remontad nuestro benemérito Río Grande de la Magdalena, tributario del Atlántico, por donde cuatro siglos hace penetró, con los conquistadores y los misioneros españoles, la civilización en nuestro territorio, y ha venido acrecentándose luego con todo género de elementos, pudiéndose decir que Colombia es una obra del Magdalena, como escribió el viejo Herodoto que «Egip-

to es un dón del Nilo». Subidlo, no al uso de los pequeños traficantes ribereños, mercaderes de esteras y cocos, en champán o en canoa, piragua o balsón de troncos de plátano, timoneados por los clásicos *bogas* de bronce sudoroso, como subieron aquellos héroes de la cruz y de la espada, como subían los virreyes y delicadas virreinas, como subió Mutis, como esos otros españoles que propagaron la vacuna en América; sino en los más o menos flamantes vapores a que está acostumbrado nuestro río desde antes de mediar el pasado siglo. Desembarcad en el puerto de *La Dorada*, y haced de allí una breve excursión por tierra, a caballo o en automóvil.

Por entre bosques de soberbios cámbulos incendiados de flores, de yarumos y gualandayes de superpuestas sombrillas de flores blanquecinas, llegaréis, bajo un calor untuoso de 28 a 30° permanentes, a la villa de Mariquita, rica en minas de plata, que os mostrará las ruinas de la casa en que murió Jiménez de Quesada, el fundador de Santa Fe y del Nuevo Reino de Granada; y veréis lo que la viciosa pujanza de los elementos ha dejado de la vivienda de Mutis, y los quinones y canelos que él plantó con su propia mano.

Si tenéis más curiosidad de recuerdos e impresiones históricas que de novedades del progreso, prescindid del ferrocarril de La Dorada y del segundo embarque en Beltrán, y de llegar por el río hasta la risueña ciudad de Girardot, alfombrada con flores de acacia, el mejor puerto fluvial de hoy, donde un magnífico puente de hierro, tendido sobre el Magdalena, enlaza los ferrocarriles de Cundinamarca con los del Tolima y el Pacífico, que así unidos, y venciendo tres cordilleras, conducen desde Bogotá, a 2.660 metros sobre el nivel del mar, hasta el puerto de Buenaventura, sobre el Océano de Balboa.

De Mariquita pasad a la calurosa villa de Honda, el antiguo puerto fluvial, el «del tiempo de los espa-

ñoles» (como allá declimos con cariñosa remembranza), de donde arrancaba entonces el camino de herradura que, primero por la ardiente pampa, entre ceibas y palmares, y luego trepando, trepando en ziszás por predregosa trocha la cuesta occidental de la cordillera oriental, tocando en las poblaciones de Guaduas y Villeta, y recorriendo luego desde Zipacón y Facatativá unas diez leguas de la Sabana, llevaba por fin, a lomo de recio jamelgo, en no menos de tres o cuatro o más asendereados días, hasta la «muy noble y muy leal ciudad de Santa Fe», como la titularon los reyes y siguen llamándola sus escudos de piedra con el águila negra bicípete y las granadas.

Situaos allá, durante los virreinales y apacibles días de Mutis, hacia los años de 1780 a 88, los del arzobispo virrey Caballero y Góngora y don José de Espeleta, gobernantes dignos de muy grata memoria, iniciador y organizador aquél de la Expedición Botánica y éste fomentador de ella y de numerosas obras benéficas que permanecen y prestan servicio todavía.

En el momento a que con la fantasía nos remontamos, descansad allí del molimiento y los calores.

Es el año del Señor de 1788. Entre castellana y andaluza, de aire severo y algo melancólico, bajo el dominio de una aristocracia patriarcal, con fresca temperatura de 8 a 14° y clima sano, bañada por dos menos que ríos y más que arroyos, que bajan rumorosos de los vecinos cerros de Monserrate y Guadalupe, domina Santa Fe desde la falda de éstos aquel horizonte sereno que parece marino, aquella gran sabana verdiazul de maíces, saucedas y potreros a cuya súbita aparición exclamaron los conquistadores, según versos de Castellanos que allí hemos convertido en proverbios:

... ¡Tierra buena, tierra buena,
Tierra que pone fin a nuestra pena!

sabana que al adelantado Jiménez de Quesada se le hizo tan parecida a la vega de su nativa Granada, que

por nostálgico recuerdo de ella dio su primer nombre a nuestra tierra y sus granadas a nuestro viejo escudo.... *Santa Fe de Granada, Santa Fe de Bogotá*....

Dulces reminiscitur Argos.

Los campanarios anuncian las horas del oficio divino en los monasterios o marcan las principales del día, que se desliza lento y desocupado. Calles rectas, empedradas y herbosas, recorridas por caños murmuradores; casas espaciosas con ventanales enrejados y largos balcones saledizos a modo de solanas, portones enchapados, zaguanes con tarimas, y dentro anchurosos patios con higueras y naranjos; en algunas bocacalles, y en las esquinas de la Plaza Mayor, encuadrada por la Audiencia, la Catedral, la Casa de los Virreyes y otras de personajes de cuenta, pilas de agua con sus leones y grifos de piedra: tales son los rasgos exteriores de la capital del virreinato.

Si os causa ella alguna impresión de monotonía se os borrará viendo cruzar por ahí, en traje de fiesta, caballeros encasacados y damas con vistosos mantos y peinetones, oyendo el trote de las mulas que tiran de la carroza del virrey, y considerando que bajo aquella gravedad casi conventual bulle una sociedad ingeniosa y festiva, no menos asidua lectora del *Quijote* y los Libros de Caballerías que del *Año Cristiano*; tan aficionada a las luchas del «peripato» y a los torneos del espíritu como a la danza y a los juegos de cañas y sortijas; apasionada por la poesía; patriarcalmente alegre y confiada. ¿Y por qué no ha de serlo allí, donde la vida hogareña, sencilla y abundosa de abastos, al propio tiempo que muy hecha a los refinamientos de la elegancia cortesana, transcurre sin otros acontecimientos que la llegada, dos o tres veces al año, de los correos de la Península o la noticia, viajante a lomo de mula, de algún asalto de piratas a Cartagena de Indias, allá a doscientas leguas de distancia? La cró-

nica lugareña es en extremo complicada y pintoresca, de que da testimonio, entre otras, la del *Carnero*, de Juan Rodríguez Fresle. Son muy sonadas las *chirriaderas* de San Juan; abundan los conflictos colegialescos y no escasean las aventuras de anticipado romanticismo, con sus escenas nocturnas de capa y espada, que comienzan a son de vihuela y terminan a cuchillazos.

El tipo del santafereño clásico, ascendiente de nuestro cumplido *cachaco*, de

*«Este gentil bogotano,
Que hasta al morir suelta un chiste»,*

es una curiosísima mezcla de formalidad castellana y gracejo andaluz, que llegada la ocasión da de sí y produjo ya ejemplares como esos caballeros andantes de la Libertad, los candorosos héroes de nuestra primera República de 1811 a 1816, llamada con más exactitud que respeto *La Patria Boba*.

Sean cuales fueren las causas de ello, que ahora no es oportuno investigar, la selección y pureza de la herencia, la paz y facilidad de la vida, el aislamiento del mundo, o lo que llamó graciosamente un cronista de entonces «los influjos de la clima», es el hecho que esta sociedad muestra admirables disposiciones para las disciplinas del entendimiento. La apasionan las querrelas universitarias y las disputaciones filosóficoteológicas. Son muchos los libros de estudio y entretenimiento que a través de tantas dificultades llegan a los conventos y aun a casas particulares. El ingenio satírico circula chispeante en espinelas y redondillas como buscapiés, no siempre inofensivas. La pasión versificatoria caracteriza ya a nuestra nacionalidad, haciendo populares nombres como los de don Francisco Javier Caro («apellido caro a las musas») y de los presbíteros Vicente Basilio Oviedo y Angel Manrique, autor éste de dos vengativos poemas burlescos: *La Tunjanada* y *La Tocaimada*, en que se zahiere, respectivamente, a los vecinos de las dos ciudades de Tunja y Tocaima.

Vayan algunos rasgos, como nos lo cuenta nuestro Tito Libio santafereño, el venerable don José Manuel Groot y Urquinaona.

Reconstruyó con mucha gracia y habilidad el arquitecto español don Domingo Ezquiaqui la iglesia de San Francisco, situada en el centro de la ciudad y muy notable por su precioso retablo del altar mayor; y atendía a la obra, en cuanto a la asistencia de trabajadores, contrato de materiales, cuentas, etc., un sencillo lego franciscano que el día de la solemne consagración de la iglesia recibía muy satisfecho los plácemes de los visitantes y hasta los vítores en versos escritos en seda' y acompañados de música y cohetes; con ocasión de lo cual escribió Caro:

*Unos versos han salido
Publicando un parabién
Dado a fray... ¡qué sé yo quién!
Por un templo concluido.
Después de haberlos leído,
Escritos en tafetán,
Y patatín, patatán.....
Dijo un andaluz ¡carrizo!:
¡No elogian al que lo hizo
Y elogian al sacristán!*

Distinguióse por su celosa severidad en el gobierno el arzobispo Fray Agustín Camacho, que hizo agitar, con alarma de muchos, numerosas causas judiciales viejas y arrinconadas en los archivos. Un día apareció la imagen de San Pedro en la Catedral vestida con arreos de viaje a nuestra usanza, a saber: ruana (poncho), sombrero de jiplijapa y zurriago en la mano derecha, y por delante un cartel con esta redondilla, que se atribuyó al doctor Oviedo:

*San Pedro se va de aquí
Huyéndole al arzobispo,
No lo vaya a castigar
Por haber negado a Cristo.*

Tubo el mismo Oviedo un largo pleito con un caballero de apellido Castillo y Calvo, calvo también de

la cabeza, y de ascendencia algo dudosa por la línea de Castillo. Dictóse en el proceso un auto desfavorable al doctor, quien al ser notificado apeló, escribiendo en el expediente:

*Por lo de Castillo apelo
Dejando su honor a salvo;
Y por lo que toca a Calvo
No le tocaré ni un pelo.*

Entre los últimos gobernantes sobresalen dos, los ya mencionados Góngora y Ezpeleta, que han renovado los estudios y dado grande impulso a los de Matemáticas puras y aplicadas y a los de Ciencias naturales; como señaladamente útiles para un país novísimo, cuyos inmensos tesoros en todos los reinos de la naturaleza reclaman con preferencia ese género de conocimientos; haciendo notar el primero que era una vergüenza atenerse, en cosas tan importantes, a lo que quisieran hacer los extranjeros.

Tan halagüeñas novedades, junto con otras más disimuladas y más trascendentales en sentido político-social, han puesto los espíritus en verdadera ebullición. Se extiende el ansia de saber. La curiosidad científica inquieta, no sólo a los caballeros sino a las damas; y en las famosas tertulias y chocolates literarios (no le ha llegado todavía su turno al café ni al té) de la aristocracia santafereña, como la famosa tertulia *Entrapélica*, compiten la erudición y la elegancia. Se inicia nuestro periodismo con el célebre *Papel Periódico*, que dirige el candorosísimo don Manuel del Socorro Rodríguez, fundador de nuestra Biblioteca Nacional, y tan excelente patriota como desdichado poeta, venido de La Habana en el séquito del virrey Ezpeleta.

¿Y a quién (hecha la debida justicia, la justicia de la historia, a los gobernantes iniciadores, y antes que a ellos a los misioneros que, como los Lugos y Dadeyes, los Ríveros y Gumillas, fueron los primeros exploradores de nuestras riquezas indígenas), a quién se debe en

su mayor parte tan saludable movimiento? A don José Celestino Mutis, al conterráneo de Columela, que venido como médico del virrey Mesía de la Cerda se aisló de las distracciones del mundo guarneciéndose con una sotana, y vive en Santa Fe rodeado de la consideración y el respeto merecidos por sus ejemplarísimas virtudes de sacerdote, su celo por la difusión de las ciencias entre la juventud y su reputación de sabio admirado de sabios.

La cual es tan grande que ha logrado atraer hasta estas remotas cumbres andinas al gran viajero alemán barón Alejandro de Humboldt, deseoso de conocer dentro de su propio terreno, la obra de nuestro naturalista gaditanoneogranadino.

Después de haber éste sudado largos años en Mariquita y otras comarcas de tierra caliente, ahondando en las minas de plata, herborizando, sorprendiendo las plantas anónimas de las selvas invioladas, aplicando a sus floraciones de maravillas la lente reveladora y bautizándolas para la ciencia, desafiando a las horribles serpientes con la triaca india del *guaco*, administrando a los febricitantes quina y sacramentos, educando a cuantos se le acercan, prodigando a los desvalidos los consuelos de la Religión y los alivios de la Medicina, observando, como buen folklorista, los tipos, usos y costumbres de nuestros indios para reproducirlos del natural en miniaturas y óleos, estudiando las lenguas indígenas y recogiendo su vocabulario, amaestrando a los dibujantes retratistas de la virgen flora neogranadina, ahora tiene abiertas cátedras de Matemáticas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y clase gratuita de dibujo para cuantos quieran aprender el arte, enseña ciencias médicas a muchos jóvenes, prueba los efectos de su amada quina en los hospitales, organiza los servicios de la higiene pública, ejecuta, por propia iniciativa y sobre los planos trazados por el capuchino valenciano fray Domingo de Petrés la cons-

trucción del Observatorio Astronómico más alto del mundo, dominador hacia el Boreas y el Austro de los espacios del cielo, funda un Jardín Botánico y Zoológico, acopia, en un pequeño museo, un herbario con más de 20.000 plantas, entre ellas tres palmas de los Andes de Guanacas, más de 5.000 muestras de minerales, un rico semillero, una gran colección de maderas preciosas, objetos marinos, aves, reptiles e insectos, mantiene correspondencia epistolar de potencia a potencia con Linneo y otros hombres de su estatura, dirige la Escuela de dibujantes coloristas ilustradores de su obra inmortal, prepara, en suma, la incomparable *Flora Bogotensis*, que pasmado admira y describe el autor del *Viaje a las Regiones Equinocciales*. ¿Qué más? Así como descubre plantas descubre talentos. Al primer vuelo advina el genio de Caldas. Se improvisa ayudantes y alumnos. Diríase un gran maestro de orquesta que, urgido por el estro, apaña por todos lados y educa y contagia de inspiración a los músicos necesarios para interpretar la divina sinfonía de la naturaleza. De pasada por la villa de Guaduas halla por ahí jugando un chicleo de la calle, un *golfillo* dirían hoy por aquí, y nosotros allá un *chinito*, especie de Rinconete o Cortadillo, que por la manera de sus travesuras revela disposición notable para la pintura. Pregúntale Mutis si le gusta aquello y si querría aprender, y contestándole luego que sí, se lo lleva consigo mediante la licencia paterna. De aquel Rinconete guadeño sale Francisco Javier Matiz, uno de los inmortalizados en la Flora, a quien llama Humboldt «el mejor pintor de flores del mundo», cuyo nombre perdura en el género vegetal denominado *maticia* por la gratitud del sabio alemán.

He ahí un pasmoso ejemplar de omnisciencia modesta, de laboriosidad, de saber difusivo. Mutis es un sabio pródigo de sí mismo, de caridad, de consejos, de dinero, de cuanto tiene, un derrochador a la española, un apóstol. Quisiera agotar los manantiales de la sabi-

duría, transfundírselos a todos, llevarlo todo a la perfección. Su mente es una enorme pila que recibe licor saludable por muchos arcauces y los reparte en largas venas por todos los campos. Oid el informe del virrey Ezpeleta, anheloso de ver concluida la *Flora*: «Pero la delicadeza y la misma prolijidad de su autor la dilatan a pesar de la expectación del Ministerio y del público; y considerando yo que las obras del entendimiento no pueden ni deben precipitarse, me he ceñido a dar al señor Mutis noticia de las reales órdenes y a franquear cuantos auxilios me ha pedido». He ahí, en fin, un caballero andante de la sabiduría, armado de punta en blanco para hacerse emperador de los reinos de la Naturaleza, pero un andante sin arengas ni estrepitosas acometidas, por más irritable y sanguíneo que sea su temperamento. Enfermo durante años de calenturas palúdicas, mitiga sus excesos dándose un baño frío diario de dos y tres horas, dentro del cual, no sólo no pierde tiempo, sino que lo gana, porque sumergido en el agua hasta el cuello, según él mismo cuenta, «allí piensa, combina, proyecta, y a veces recela si saldrá algún día dando saltos por esas calles, lo que sentiría por los murmuradores mariquiteños, que no imitarían la sencillez de los de Siracusa en disculpar las distracciones de su Arquímedes».

Figúrome ahora verle pasar a paso lento, con su aire meditabundo de costumbre, por nuestra legendaria calle de la *Carrera*, camino del huerto del Observatorio, donde por ventura le esperan sus discípulos, Caldas, el precoz investigador del cielo y de la tierra; Zea, el botánico humanista, nervioso recitador de versos, más tarde prócer de la Gran Colombia y diplomático; el presbítero Eloy Valenzuela, rebuscador infatigable de plantas útiles para sus feligreses de Bucaramanga, descubridor de la sabrosa *turma* silvestre, maestro de los hijos del virrey; Jorge Tadeo Lozano, descendiente del conquistador Antón de Olalla, médico zoólogo, autor

de la *Flora de Cundinamarca*; José y Sinfonso Mutis, aprovechados sobrinos y legatarios de tan ilustre tío; Benedicto Domínguez, filósofo, literato y astrónomo, que por muchos años escribirá su nombre al frente de nuestros calendarios; Aguilar, Matiz, Rizo y otros jóvenes, de ellos españoles, quiteños y neogranadinos, ávidos de conocimientos en ciencias y artes.

¡Qué radiante pléyade se reúne en la ciudad andina! Santa Fe de Bogotá es una «Atenas», y de tal la gradúa, con alta autoridad, el barón de Humboldt, sorprendido de hallar tanta cultura allá por cima y al lado de tantos andurriales y quebraderos.

Amanece un día triste en que las campanas de todas las iglesias de Santa Fe anuncian que ha pasado a mejor vida el sabio caritativo, que habiendo explorado como pocos los misterios de la naturaleza no halló en las criaturas armas para eliminar al Creador, sino que vió y adoró en ellas la mano palpitante de la Omnipotencia creadora.

La muerte de Mutis fue un duelo para Nueva Granada. Santa Fe se vistió de luto. Caldas, el nobilísimo Caldas, lloró a su maestro y se hizo vocero de aquel sentimiento universal escribiendo en su *Semanario* un artículo necrológico que es a un tiempo mismo un himno y una elegía: «Ha muerto en la paz del Señor, como mueren los sabios, como mueren los santos. Contemplando la naturaleza elevaba su espíritu a su Autor, le adoraba y se desprendía enteramente de la tierra. Para unirse más a El, recibió las órdenes sagradas en Santa Fe en 1772. Desde aquella época fue un verdadero sacerdote de Dios y de la Naturaleza. Divididos todos sus momentos entre la Religión y las ciencias, fue un modelo de virtudes en la primera y un sabio en las segundas. Provocado por el virrey La Cerda a regresar a la Península, se denegó, y resolvió morir entre nosotros: ¡tanto amaba a la América, a sus selvas, a su profunda tranquilidad!»

El día que el virrey le hizo la propuesta de regreso a la Península se sintió inquebrantablemente adherido a la tierra neogranadina, la tierra de su alma; oíría dentro del pecho el canto de las mirlas mañaneras de nuestros bosques, y, familiar conocedor de nuestros cielos nocturnos de diciembre y enero, pensaría hallarse

*En una noche de aquellas
Noches de la patria mía,
Que bien pudieran ser día
Donde no hay noches como ellas.*

Sus restos mortales descansan en la iglesia del Monasterio de Santa Inés, en sitio que no hemos logrado precisar todavía, a pesar de cuidadosas investigaciones, como no se ha podido fijar el de la sepultura de Cervantes en la iglesia de las Trinitarias de la gran capital española.

Eran aquéllos los últimos años del virreinato de la Nueva Granada. Muchos después, hacia los de 1884, un ilustre viajero y diplomático argentino, después de haber pasado las todavía entonces ásperas vías de comunicación que llevaban a Bogotá, recibió la misma sorpresa que el sabio alemán, y confirmó sus declaraciones al ver la selecta cultura de la españolísima capital colombiana en los diversos ramos del saber y en el trato social, su característico buen hablar castellano, la originalidad de sus ingenios, la graciosa belleza de sus mujeres,

*En que agradablemente se veía
El decoro y nobleza castellana
Y el donaire y la sal de Andalucía*

Eran los días en que alrededor de una misma mesa académica (lo cuenta quien adolescente apenas pudo verlo) se sentaban para honrar la memoria del patriarca de las letras americanas, don Andrés Bello, los estadistas Rafael Núñez, Santiago Pérez, Felipe Zapata y Ricardo Becerra, los humanistas filólogos Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro, Venancio González Manrique, José Manuel Marroquín y Diego Rafael de Guzmán,

los maestros de ciencias políticas y económicas Sergio Arboleda y Carlos Martínez Silva, los poetas José Joaquín Ortiz, Rafael de Pombo y José Caicedo Rojas.

Reservo para otra ocasión hablar de poetas y humanistas, bien que mucho tuviese Mutis de lo uno y de lo otro en el modo de sentir y admirar la naturaleza, como lo tuvo Linneo, el confidente de las flores; como lo tuvo el entomólogo Fabre, *el poeta de los insectos*. Qué hombre verdaderamente grande en cualquier género de cosas no es algo poeta y algo Quijote?

Hoy me cumple hacer señalada memoria de los que por la clase de sus estudios deben considerarse con especialidad como herederos y continuadores de Mutis; y es profunda satisfacción de mi alma que siquiera una vez, y en ocasión como ésta, suenen por mis labios, dentro del ambiente de la gloriosa capital de España, algunos nombres de compatriotas míos, beneméritos de la ciencia, como los de Juan María Céspedes, Francisco Bayón, Isidoro Sandino Groot y José Triana, ilustres botánicos; los de Isla, Merizalde, Uribe Angel, Osorio, Rocha Castillo, Manrique, Gómez, Lombana Barreneche, médicos eminentes; los de Zerda, Tavera, Aguilar, Montoya, Herrera, Tapia, Sáenz y Balén, maestros en las ciencias fisicoquímicas; los de Dominguez, Pombo, Ponce de León, González Vásquez, Nieto París, Ferreira, Liévano, Rueda y Garavito, insignes en la astronomía y en las ciencias matemáticas.

Muchos otros hombres querría citar entre los de cultivadores de aquellas ciencias y de sus afines, en demostración de que hemos sabido mantener con decoro la herencia del sabio Mutis, la herencia de España; y cito sólo de entre los muertos, no queriendo exponerme a cometer injusticia si omito, o inmodestia si menciono.

Nuestra Facultad de Medicina, hoy espléndidamente alojada y provista, acrecienta día por día su ya antigua y muy alta reputación de cuerpo sabio, cuyos di-

plomas son verdaderos timbres de honor y credenciales de sólido saber.

La Higiene y Asistencia Pública a que corresponden múltiples atenciones en un territorio tan vasto y de tan varios climas como el nuestro, constituye un departamento especial e independiente, del servicio administrativo, y está organizado con sumo esmero por leyes y ordenanzas. Los hospitales y clínicas de Bogotá y de algunas otras de nuestras ciudades pueden presentarse como modelos en su clase.

La famosa Escuela especial de Minas de Medellín atrae a sí alumnos de toda la República.

El Observatorio Astronómico de Mutis se ha reinstalado en sus funciones, y el meteorológico del Colegio de San Bartolomé, fundado y dirigido por un sabio sacerdote español, hermano en religión de Secchi y de Rcdés, logra muy buena fama y mantiene correspondencia con muchos de su clase en Europa y América.

Los colegios superiores de Bogotá y de las catorce capitales de Departamento desarrollan con empeño los estudios de ciencias, para los que se hallan provistos de buenos laboratorios y gabinetes.

Tenemos los colombianos fama — y no mal merecida — de pueblo soñador, poeta, correcto hablista. No nos pesa, ni queremos dejar de serlo. ¿Es, por ventura, algún desdoro sentir con viveza, soñar con elevación, hablar con elegancia? Somos idealistas, al fin y al cabo, compatriotas de Don Quijote. Por nada del mundo queremos renunciar a las bellas características de nuestra raza. Aspiramos a disciplinarnos, a trabajar con tesón, a asimilarnos cuanto de bueno hallemos fuera, a educarnos fuertemente, a progresar; pero, eso sí, afirmando nuestra personalidad, que, buena o mala, es de fondo españolísimo; y nunca, ¡vive Dios!, renegaremos de nuestros mayores.

Pero he de hacer notar que, al mismo tiempo que poetas y soñadores, somos una nación de bravos e in-

teligentes militares, en todo lo cual reflejamos el carácter de nuestro fundador, el mariscal jurista y poeta andaluz don Gonzalo Jiménez de Quesada. Somos matemáticos e ingenieros (yo, por desdicha mía, tengo que contarme entre las excepciones), y hemos trazado y construido con muy buen éxito la mayor y mejor parte de nuestros ferrocarriles, carreteras y edificios públicos. Sabemos de comercio y vamos adelantando en industrias. Si las preciosas ciencias de la Naturaleza, la Botánica, Zoología, Mineralogía y sus afines, de que existen notables institutos, principalmente en Bogotá y Medellín, no logran tan extenso cultivo como fuera de desearse y a que obligan tan gloriosos antecedentes, ya en los días actuales acudimos a esa necesidad fundando nuevas cátedras y museos y estableciendo exposiciones agrícolas. El centenario de Mutis será la mejor ocasión de impulsar tan benéficos esfuerzos.

Si mucho nos queda por ejecutar, hemos realizado ya no pocas ni fáciles obras, que son argumento de nuestras capacidades.

Disculpad, señores, el elogio que hago de lo nuestro y la indulgencia, no sé si excesiva, con que acaso disimulo nuestras deficiencias, las que (para no hablar otra vez de *los influjos de la clima* ni de la opulenta braveza de nuestro territorio) acaso prevengan de cierta inquietud nerviosa e imaginativa, del ímpetu sanguíneo y caballeresco, que nos hace algo imprevisores e impacientes, propensos a la indisciplina, más aficionados a la crítica regocijada que a la acción perseverante. Reunidos españoles e hispanoamericanos podemos hablar como en familia, y sin ofensa de nadie, examinarnos la conciencia y notar nuestras muchas semejanzas. Si he de decir todo lo que siento, yo no querría que por tratar de corregir nuestros defectos, que son accidentales *escoria y marmaja*, fuésemos a perder nuestras sustanciales cualidades, que son el oro y las esmeraldas de nuestra raza; y no podría resignarme nunca a ver trans-

formarse al amante de Dulcinea y soñador excelso de la justicia, en un acaudalado banquero, sin más estética que el *confort* y la higiene, y rozagante emperador de las minas y de las fábricas. ¿Serán errores míos? Si los hay disculpables en el mundo son los que produce la exaltación del afecto patrio, que es amor filial.

Por fortuna, podemos ser, y ya lo hemos sido, hombres de acción, sin dejar de ser soñadores del derecho y de la hermosura; podemos ser ricos, sin dejar de ser generosos; podemos ser fuertes, sin dejar de ser justos.

Dios es con nosotros, y mediante El, todo lo logramos. Si no me engaño mucho ni se engañan personas de harto mayor autoridad que la mía, el porvenir nos reserva grandes destinos a los hispánicos, siempre, eso sí, que fieles a nuestros ideales y a nuestra historia sepamos ser consecuentes con nosotros mismos.

La españolísima capital de Colombia, que recibe en la actualidad las líneas de cuatro ferrocarriles y las naves aéreas que con espacio de pocas horas la ponen al habla con los Océanos; la ciudad castiza que desde las alturas de la sabana da el tono a la cultura de toda la República; la que comenzando a ser industrial insiste en mantenerse académica, proponiéndose progresar sin perder el sello de sus tradiciones; Santa Fe de Bogotá, la de Quesada y de Bolívar, se engalana hoy en homenaje a su benefactor y maestro Mutis, en quien saluda a un excelso representante de la gloriosa ciencia española. El inventario de ésta, cuyo diseño trazó con visión de genio y ejecutó en magnífica parte aquel hombre milagro del orden natural que se llamó Menéndez Pelayo, crece cada día con el descubrimiento o mejor noticia de tesoros como la incomparable *Flora Bogotensis* y los manuscritos de tantos maestros, misioneros y exploradores de las Américas y de los países orientales, así como las antologías castellanas recogen sin cesar flores nuevas de todas las latitudes.

La ciencia colombiana, no por alimentar sus caudales con los de otras naciones, bebiéndolos en diversas Universidades europeas y americanas, como es razón que lo haga, no por eso deja de ser profunda y genuinamente española en sus orígenes, caracteres y formas, expresándose siempre en el idioma de Mutis y Caldas, de Ramón y Cajal y Torres Quevedo.

Por su parte, bien sabe España que si respecto de los pueblos que de sus entrañas nacieron y después se emanciparon de ella cesaron desde entonces sus responsabilidades en cuanto al dominio político, no se han extinguido jamás ni se suspenderán en ningún siglo, sino antes crecen de modo formidable sus responsabilidades históricas y de porvenir en cuanto a la civilización que ella creó con su aliento y extendió con sus armas y nutrió con su ciencia y sus artes. Importa, sí, sobremanera que tan saludable convicción penetre más y más, produzca el mayor conocimiento que cada día tenga España de lo que ha sido y aún es suyo, y se manifieste en muchas obras eficaces de cultura enérgicamente española, como esas que vosotros, ilustres académicos, escritores y artistas, lleváis entre manos, como la expedición que se prepara a las regiones amazónicas reveladas al mundo por la valentía descubridora y el celo evangelizador de los españoles.

A la hora en que aquí estamos reunidos, que en Bogotá es de pleno día, desfilan ante el monumento de Mutis, erigido cerca del Observatorio, las altas autoridades civiles y eclesiásticas de la nación, las corporaciones públicas, las academias de ciencias y de historia, los colegios y escuelas y el Ejército de la República, y en la persona, representada en bronce, del sacerdote sabio, aclaman a España, a los acordes del himno de Colombia, cuyos ecos me parece escuchar desde aquí:

*¡Oh gloria inmarcesible,
oh júbilo inmortal!
en surcos de dolores
el bien germina ya.*

Señores: Colombia, vuestra hermana, os saluda. Tócale hoy llevar la voz en el concierto de alabanza que las naciones americanas elevan a la Madre Patria.

Mientras resplandezca sobre la humanidad aquel

*Iris de paz que se puso
entre las iras del cielo
y los delitos del mundo,*

el signo sagrado que ostentaba sobre su diadema Isabel la Católica y que flotó sobre las banderas descubridoras de Colón y sobre las vencedoras de Lepanto; mientras vibren labios que intérpretes de las almas hablen el idioma de los Luises y de Cervantes, habrá muchos pueblos que en días como el presente exclamen con la emoción del himno: ¡Somos hermanos en España!

Laus Deo.

Madrid, 6 de abril de 1932.

TRADICION

Es éste el modo más importante y usual de desplazamiento del derecho. Los derechos reales y personales, salvo el uso o habitación, se transfieren por este medio, que para los créditos toma el nombre de cesión en efectos civiles, endoso en efectos comerciales y tradición manual en títulos al portador. La sucesión misma no es un modo perfecto de trasmisión del derecho, ya que requiere para su perfeccionamiento la tradición (artículo 764-4.º).

DEFINICIÓN.—La penuria de nuestro léxico jurídico le hace decir al legislador que la tradición «consiste en la entrega...» (artículo 740), que «por el contrato de